



## ANIVERSARIO

RUBEN BARREIRO SAGUIER

Hace unos días no tenía ninguna noticia de este hombre fuerte, moreno, que ocupa la cabecera de enfrente; este hombre que, sin embargo, se parece en muchas cosas a la imagen que yo solía ver diariamente en los espejos de hace 20 ó 30 años. Porque desde entonces he cambiado bastante; aunque no he engordado —el mucho caminar, seguramente—, la piel ha empezado a arrugárseme por todas partes (cuello gusano cara de leche), la polvareda de los caminos, la suciedad de los pueblos se me ha subido a la cabeza, se me ha metido en el bigote, y la voz se me volvió un poco más ronca, por la caña que va rascando el pecho, a lo mejor. Mi guitarra también se puso un poco más vieja, más color de mano andariega o jugo de naco, de tanto sobarla y toquetearla y sacarle música y ordeñarle alegría y hacerla llorar; no hay noche que la pobre no vomite el alma. Pero esto sólo pasa en la cáscara, porque cuando me pongo a cantar —y mi guitarra conmigo—, la gente dice todavía: “canta lindo el mozo”, y las primeras y los bordones suenan como campanas, salen del fondo de la caja y hacen llorar a las muchachas en las serenatas. Juntos andamos de valle en valle, de pueblo en pueblo, de fiesta patronal en fiesta patronal, porque el almanaque Bristol —que me lo sé de memoria— trae más de un santo por día y cada lugar es devoto de alguno. Un pueblo sin patrono no es posible, y el único que conocí, Isla Po’í en el sur, se fue muriendo desde que los dueños llevaron el San Blas patrono y los otros no se decidieron a reemplazarlo. Así, con mi guitarra cantando de noche en noche y de pueblo en pueblo. Pero a este hacía mucho tiempo que no llegaba, años sin pasar, desde la última vez que estuve para los festejos de la Santa Patrona del Rosario y que canté varias noches seguidas en la plazoleta del mercado. No me acordaba muy bien del pueblo; aquí llegué otra vez porque estaba en mi camino, porque sí,

como el viento que arriba y se va y se arrima de nuevo, aunque empiezo a creer que por algo más. Así que llegué y me fui al mercado a desayunar; la gente me rodeó, algunos decían reconocirme, sobre todo la vieja chicharronera del puestico en que me había instalado. Los curiosos me miraban, se fijaban en mi guitarra, y parece que corrió la voz.

—Usted es José Domingo... —dijo por encima de mi cabeza inclinada sobre el plato. Levanté la vista hacia la voz y casi se me cae la cuchara de la mano; un bicho comenzó a pasarme por el espinazo.

—Servidor...

Ahí me acordé que un embarcadizo me había dicho, hacía tiempo, pero tantas veces me habían arrimado cosas que no había hecho. Sin embargo aquí no había mula; esos ojos, la boca, casi con el mismo bigote, la inclinación de la cabeza; si no fuera por el color más subido y el tamaño robusto, diría que era yo mismo.

—Yo soy el hijo de Damiana... —dijo con voz insegura.

Me levanté despacito, apoyándome en la mesa de tabla; en los caballetes se hubiera podido sentir el ritmo de mi corazón tamborero, creo que la silla cayó hacia atrás cuando nos abrazamos. La vieja chicharronera lloraba, la gente hablaba en voz baja, muchos tenían la mirada vidriosa. Que Damiana había muerto, de aquí cinco años atrás; que se había acordado siempre de José Domingo, el cantador; que la hermana se había quedado sola en el puesto del mercado; que estaba seguro que su padre vendría alguna vez; que nada especial, que tenía un negocio y no funcionaba mal; que debía irme a la casa, a vivir con él, bueno aunque sea unos días, y después ya veremos. Pero antes saqué la guitarra de su funda y estuve cantando algunas canciones en recordación de aquella muchacha morena, mi compañera durante la fiesta de la Virgen del Rosario, en un Guanipitán igual al que habían visto esta mañana al entrar con el alba en las calles llenas de rocío, pero 25 ó 30 años más joven, el pueblo y yo.

Bueno, y aquí estamos en la casa de mi hijo José Rosario, festejando su cumpleaños; hoy eierra los treinta y hay que celebrar como corresponde, los años y este encuentro. Es una farra de ley. Comenzamos a chupar por la mañana, mientras el asado chorreaba sobre el gran fuego del patio. En la larga mesa que se armó en la sala de recibo —hoy la casa no funciona— están sentados los amigos de mi hijo y los mejores clientes, algunos de ellos notables del pueblo; el Oficial 1º Chaparro, enlenque y bizco —me parece que recibe una coima para proteger la casa—; las pupilas, no todas, sólo las más presentables y las que saben usar correctamente los cubiertos. A las putas vejánconas, a las gordas y a las desdentadas se las vé pasar de tanto en

tanto por la puerta que da al patio, arrojando un haz de penumbra, de curiosidad. En una cabecera, el patrón, José Rosario; en la de enfrente yo, su padre, José Domingo, los dos tan chochos y tan contentos de encontrarnos así, frente a frente y tan cerquita, y hace una semana no nos conocíamos ni de vista. Qué le parece, como decía mi compadre Melitón, si hasta se me antoja que es un sueño; este muchachón autoritario y tierno que se instala de golpe en mi vida, como queriendo hacer echar raíces a una hoja; esta gente de quien no tenía la menos noticia, que ahora me trata de Señor, don José Domingo, que se hace señas de silencio cuando voy a cantar y cuchichea "el artista, hay que respetar al artista"; estas muchachas de pelos diferentes y cambiantes, las empleadas de mi hijo; esta larga mesa en que los tragos y los brindis van montando. Hace cuatro días: no hubiera ni soñado que todo esto iba a sucederme en este pueblo, perdido en la polvarada de mis recuerdos. Una de las tantas semillas arrojadas en el camino, que había prendido, así nomás, en el lugar menos pensado. Uno se cree libre, libre viento, y de repente se da cuenta que no sólo hay un montón de cuerdas, canciones, recuerdos: que lo estuvieron atando siempre, sino también algo más serio: esto, mi hijo; el hijo que vino sin querer pero al que se quiere en seguida, que se mete bajo la piel, como el calor que siempre estuvo allí, aunque más no fuera sino como una falta, o el músculo que nunca se usó, pero que quieto y escondido también estaba allí. Ahora levanta la copa dirigiéndose a mi, de tanto en tanto brinda conmigo, como esperando algo o buscando una complicidad, posiblemente la llave que ha de terminar de abrir la cerradura que comenzó a aflojarse en estos días de conversaciones torrenciales y desordenadas como aguaceros esparcidos. Mamá ésto, mamita aquello; qué admiración y está bien que la recuerde con cariño. Me parece que buscaba alguna reacción de mi parte: yo escuchándolo, casi callado, moviendo la cabeza. Es que no me acuerdo muy bien; eso sí, era muy linda aquella morena que rebosaba sal; pero menos de una semana juntos, cuando mi guitarra se callaba y el baile se acababa en la polvorosa plazoleta del mercado. "Por don José Domingo, gran músico y cantor", ruidos y vasos que me miran. "Por el patrón, don José Rosario", los ruidos crecen, mi hijo abre grande los dientes blancos, uno de oro al costado, los ojos muy brillantes. "Por Nancy, la chica más...", las risas tapan las últimas palabras y el Oficial 1º hipa ruidosamente; la Nancy tiene la cara muy colorada y pega un salto cuando su vecino le pincha debajo de la mesa. Mamita me ayudaba, para conseguir las chicas por ejemplo; a Nancy, que es buena muchacha, ella le encontró en el mercado buscando colocación en casa de familia. Y bueno, ahora tiene un oficio como cualquier

otro, gana bien y se la cuida; yo no permito a cualquier borracho que venga a hacer quilombo: esta es casa de respeto. Mi hijo me está mirando ojos de cristal brilla rojizo. Ya está, levanto mi copa repleta, mi hijo me mira, ojos me miran, se hace un silencio, crece, crece, me ahoga, no puedo más, hablo al fin: "Por fin mi hijo José Rosario y sus treinta. Por doña Damiana, su madre y... "Ya está, vuelta de llave; abierto el silencio espeso, nadie dice mu, manos en alto, copas alzadas. Esto estaba esperando; se levanta, me agradece con los ojos, con la sonrisa: "Yo no sé discursar, pero quiero recordar hoy, en esta ocasión especialísima, en presencia de mi padre querido, a una gran mujer, una verdadera mujer, que con su trabajo y su alegría supo mantener un hogar honesto, digno y cristiano... , varios ojos miran el nicho con la Santa Virgen sobre la cabeza de mi hijo. De golpe me acuerdo mejor de la muchacha cariñosa que las palabras del muchachón me están devolviendo; ojos relucientes, fuego para el baile, para el amor. "...era además una artista, seguramente que por eso se eligieron; nadie en el pueblo, nadie en todo el departamento, en mil leguas a la redonda, tiene la mano tan rica, ningún cristiano es capaz de hacer el chicharrón como ella hacía...", mi hijo comienza a lagrimear. "Sí si, si, claro... doña Damiana... si, si... la señora Damiana...", murmuran las cabezas que suben y bajan; la Nancy sanglotea, moquea un poco y pide un pañuelo al gordo que está a su derecha; el Oficial 1º Chaparro sigue hipando; varios pañuelos aparecen, otros llevan disimuladamente el dorso de la mano a los ojos, "... un hasta verte Cristo mío por eso santa...", la voz se le apaga en el nudo de la garganta. Bebo hasta el fondo del gran vaso oscuro; siento la sal de una gota que bajando por la mejilla llega a mis labios y se mezela con el gusto del vino.

